

Santa Teresa: ¿Diálogo conflictivo?

EDITORIAL

El 15 de junio un grupo de jóvenes entró en un templo de Caracas. Interrumpieron la Misa; intentaron hablar desde el micrófono y repartieron "hojas volantes". Protestaban porque la pobreza evangélica no se transparentaba en las instituciones eclesíásticas, la Jerarquía demoraba la renovación insistiendo en el tradicionalismo y no permitía el "diálogo" en la homilía. La Policía se encargó de sacarlos a "rolazos".

Las autoridades de la Iglesia criticaron a los "jóvenes" a través de la Prensa y no hablaron de puerta abierta para un posible entendimiento, colaboración o diálogo. Los "jóvenes", faltos de apoyo, quedaron decepcionados.

El incidente había degenerado en espectáculo: policía en la iglesia, pitazos, acusaciones, mitin... Todo esto puede tener una explicación; nunca una justificación.

* * *

Las circunstancias del "alboroto" pueden hacer pensar seriamente que el único objetivo de los jóvenes no era la protesta pública y la petición de palabra. En la prensa aparecieron varios en poses de "actores" que buscaban el escándalo. De hecho, la protesta con fines religiosos parecía tener visos de una reclamación política. El documento repartido en la iglesia demuestra a veces contradicción entre su actitud y sus peticiones de diálogo. "Estamos aquí presentes un grupo de cristianos porque queremos dar a conocer a nuestros hermanos la situación que hoy se vive dentro de la Iglesia Venezolana. Hoy elevamos nuestra protesta." ¿Es esto una petición de palabra, de diálogo, un hablar juntos, que es lo que los jóvenes buscaban?

Hay otro matiz que oscurece la pureza de su actitud: se presentaron como movimiento de diálogo que reclama mayoría de edad en la Iglesia, pero comienzan con ataques personales. El Cardenal Suenens es uno de los hombres que más claramente ha protestado contra las estructuras administrativas de la Iglesia, pero con esta aclaración: "Las divergencias en los puntos de vista son perfectamente normales en la Iglesia. Lo que yo no puedo aceptar es que sea llevado al plano personal un debate que se sitúa y debe permanecer en el plano de las estructuras como tales."

La represión del "incidente" fue la culminación del espectáculo. Una actuación más serena e inteligente hubiera suavizado el tono. La presencia de policías armados en un templo no forma, ciertamente, parte de una asamblea cristiana.

* * *

Sin embargo, con lenguaje estridente y en río revuelto, los jóvenes proclamaron ciertas verdades. Reclamaron una Iglesia más acorde con las valoraciones de hoy e insistían en su testimonio de pobreza institucional y de lucha por la justicia social. Finalmente criticaban duramente los rasgos de pompa tradicional y pedían mayor apertura a los signos de los nuevos tiempos. Quieren una Iglesia que no sólo predique, sino que sea pobre, aliada públicamente de los pobres. Es demasiado generalizada la acusación de una Iglesia identificada con los grandes poderes para no tomar en serio la verdad de esta reclamación. Más aún cuando las orientaciones pastorales proyectadas por los Obispos del CELAM han delineado esta imagen como una exigencia apostólica. Un mundo y una Venezuela dividida en unos pocos ricos y muchos pobres no es tolerado ni por los jóvenes ricos ni por los jóvenes pobres.

La Iglesia venezolana, inevitablemente presente en las alternativas históricas, no pudo estar ausente de los ideales de su tiempo y ha quedado involucrada en la crítica contra la estructura general de la sociedad contemporánea. El sector joven la identifica con la clase opulenta, con quien la ve comprometida. Por eso su crítica puede aparecer estridente, ofensiva, a veces, incluso sacrilega. Sin embargo, toda verdad amarga debe ser purificada de la amargura que nos produce y animarnos a pintar a Dios con los colores del Evangelio.

Los que "tomaron" la iglesia de Santa Teresa fueron jóvenes. Esto presenta también un matiz especial. La aportación juvenil a lo largo de la historia de Venezuela siempre ha sido decisiva. Es verdad que hasta ahora su actuación se limitaba al campo político. Pero ¿debemos lamentar que hoy sean jóvenes los que presionen la renovación religiosa? El hecho de que la juventud universitaria se preocupe por los problemas religiosos debiera llenarnos de alegría y de entusiasmo porque augura un futuro promisor para la Iglesia venezolana.

Lástima que hayan fallado los "grupos intermedios". Hay que lamentar seriamente que ninguna asociación ni organismo seglar de la Iglesia se ofreció para ser "canal y puente de diálogo". Ciertamente, ni la Acción Católica, ni la Legión de María, ni el Movimiento Familiar Cristiano, ni los Cursillos de Cristiandad, se ofrecieron para mediar entre la juventud y la Jerarquía. Han sido los "grandes ausentes". A ellos correspondía iniciar los contactos, encauzar las proposiciones, orientar, impedir las posiciones extremas, facilitar la colaboración. ¿Qué misión más eclesial que ésta para demostrar su sentir con la Iglesia en estos momentos de crisis de instituciones? Si buscamos contactos y reuniones incluso con comunistas, hebreos o protestantes, ¿por qué no con nuestra juventud, quizá exasperada, desorientada, pero tal vez no tan equivocada?

El grupo "Iglesia de Dios en Marcha" se siente responsable dentro de la Iglesia y ha proclamado públicamente su adhesión a Cristo y su interés religioso. Esta preocupación, aparentemente agresiva, de reformar las instituciones eclesiales de acuerdo a los "nuevos tiempos", es un valor positivo. "Toda contestación es una expresión de amor", comenta el P. Congar. La idea de renovar la Iglesia tuvo su epicentro en un gran corazón: Juan XXIII. Después, el Concilio Vaticano concluyó que todos somos responsables de esta "remodelación": quien ni siquiera lo intenta, no ama. Nuestros jóvenes lo han intentado... a su manera... con resultados conflictivos, pero quizá, en el fondo, plausibles:

No se trata de una adulación demagógica: se trata de una comprensión, de un acercamiento al mundo joven y desarrollar su vitalidad en servicio del mensaje evangélico. Venezuela es país joven y de jóvenes. Por eso tenemos delante un reto: el desafío de saber encauzar, de dar ritmo a la energía juvenil. No hay por qué asustarse ni temer. Más bien debiéramos preguntarnos: ¿qué ofrecemos nosotros, los pastores de almas, los educadores religiosos, a la inconformidad e insurgencia juvenil? ¿Hemos creado los canales necesarios para su dinamismo joven, que a veces se desborda, teatraliza, pero lucha por buscar la verdad y, si la halla, quiere realizarla en su plenitud?

Darles la espalda, tapar su boca, es renunciar a su necesaria aportación. En esta etapa histórica las decisiones no pueden ser unilaterales, sino fruto de diálogos comunitarios en los que quizá el tuteo se hace con audacia. Si la juventud nos parece hoy revolucionaria no es porque quiera asustarnos ni por el placer de aterrorizar a los pusilánimes. Lo hacen por convicción moral, por imperativo histórico. El "cambio" ya no puede ser para ellos una palabra ni una consigna. Es un deber.

Surge así la necesidad de una "comunicación". Pero no hay comunicación cuando la intolerancia de "arriba" cierra las puertas, ni cuando la intolerancia de "abajo" quiere derribarlas para que el otro haga lo que yo exijo. La comunicación pide un tono de sencillez, de amistoso respeto. Comunicar es compartir. Ningún problema se ha resuelto mandando callar o prohibiendo leer o escribir. Ni el inquisidor ni el revoltoso han sido nunca ejemplos de cristianismo. La alarma y el atolondramiento tampoco resuelven nada. Los problemas están ahí y es preciso resolverlos.